



A VUELTAS CON EL LENGUAJE

MIQUEL SIGUAN

Los motivos de una afición

Cuando en 1962 me hice cargo de la cátedra de psicología general en la Universidad de Barcelona decidí abandonar mi dedicación preferente a la psicología del trabajo para ocuparme de otros temas mas coherentes con mi vocación universitaria y con los intereses de los estudiantes en un momento en el que la psicología empírica iba a convertirse en una licenciatura universitaria y mas adelante en una Facultad. Y casi sin darme cuenta pronto me decanté por una serie de cuestiones: desarrollo del niño, bilingüismo, educación bilingüe, que tenían en común la preocupación por el lenguaje.

En mi elección influyeron motivos personales y circunstanciales. Barcelona es una ciudad en la que conviven dos lenguas y precisamente por aquellos años el bilingüismo en la enseñanza se estaba convirtiendo en una cuestión importante en la que yo me veía llamado a intervenir. Pero había algo mas. Siempre el lenguaje me ha parecido algo fascinante y cuanto mas atención le he dedicado mas ha aumentado esta impresión. Entre las muchas cosas sorprendente que podemos experimentar en este mundo el que un niño a los cuatro años, cuando su dominio de la realidad circundante es todavía incipiente, sea capaz de manejar algo tan formal y complejo como es un sistema lingüístico me parece lo mas notable. Y el que yo sea capaz de preparar y explicar una lección en un lengua y a continuación, sin preparación ni esfuerzo, pueda exponerla en otra lengua no me parece menos sorprendente.

Por otra parte en la década de los sesenta el lenguaje ocupaba un lugar destacado en las preocupaciones intelectuales del tiempo. Parecía como si el hundimiento de la metafísica no hubiese dejado otra realidad en la que apoyarse que el lenguaje. El positivismo lógico y la filosofía analítica se concretaban en un análisis del lenguaje del que Wittgenstein podía ser un ejemplo máximo. Pero eran también los años del auge del estructuralismo, en buena parte una meditación sobre los códigos y los significados. Y eran también los años en los que al conjuro del desarrollo técnico surgía la teoría de la comunicación. En cualquiera dirección el lenguaje aparecía como una realidad crucial.

Se podía suponer por tanto que lo que los psicólogos dijese sobre el lenguaje debía desempeñar un papel relevante. Pero ocurría justamente lo contrario, la aportación de la psicología era mínima. No es que faltasen datos. En el campo del lenguaje infantil desde la obra pionera de Preyer se habían multiplicado las observaciones y se había descrito su evolución. La introducción de sistemas de media psicológica para interpretarlos. Y la razón era simple. el conductismo, la doctrina psicológica predominante, el paradigma vigente, si se prefiere, se

centraba en el aprendizaje y prefería estudiarlo en los animales, mas fáciles de experimentar, y parecía así desinteresarse de las funciones superiores de la conducta humana y con ellas del lenguaje.

A mi, que había tenido una formación filosófica a fondo, un privilegio que compartía con Mariano Yela y José Luis Pinillos, compañeros en la aventura de introducir la psicología empírica en la Universidad, la manera como el conductismo disolvía la inteligencia en el aprendizaje asociativo me resultaba totalmente insatisfactoria. Pero incluso prescindiendo de mis impresiones personales el contraste entre la preocupación cultural generalizada en aquellos años por el lenguaje y el silencio de los psicólogos no podía durar y efectivamente no duró. Y estalló de una manera relativamente brusca cuando Chomsky en su comentario al libro de Skinner negó en redondo que la teorías conductistas del aprendizaje sirviesen para explicar el origen y el desarrollo del lenguaje en los seres humanos.

El ataque era en buena parte injusto dirigido a Skinner, quien era de hecho el primer conductista que había propuesto una explicación original sobre la adquisición del lenguaje a la que el comentario de Chomsky no hacía ninguna referencia sino que su crítica se dirigía, en general, a la teoría del aprendizaje, pero sus efectos fueron devastadores y no es exagerado decir que de aquel momento arranca el declive del behaviorismo y su substitución por el cognitivismo en el favor de los psicólogos.

De hecho la doctrina lingüística de Chomsky no hacía sino volver a la lingüística mas clásica, llamada a veces cartesiana pero que en su raíz arranca del pensamiento griego y que relaciona estrechamente lenguaje y conocimiento. Y a la hora de comentar mis experiencias y mis puntos de vista sobre el lenguaje este es el primer punto que quiero destacar.

Lenguaje y conocimiento

Probablemente lo mas general y lo mas importante que se puede decir sobre el lenguaje es que cumple una doble función en la existencia humana, por un lado es un instrumento de conocimiento pues buena parte de nuestros conocimientos, y muy típicamente el conocimiento científico, tienen una forma verbal, y se expresan en proposiciones, pero al mismo tiempo el lenguaje es un medio de comunicación entre los seres humanos, y aun puede decirse que el medio de comunicación por excelencia. El lenguaje cumple ambas funciones y sin embargo cuando pensamos en el lenguaje como instrumento del conocimiento lo que inmediatamente nos aparece es su relación con el entendimiento y mas en general con la naturaleza humana y son así los aspectos universales del lenguaje y comunes a todos los humanos los que se sitúan en primer plano. En cambio cuando pensamos en el lenguaje como medio de comunicación lo primero que advertimos es que solo se pueden comunicar entre si las personas que hablan la misma lengua. ¿Que relación existe entre estas dos maneras de considerar el lenguaje?

Una respuesta extrema a esta pregunta, y una manera dramática de introducir el tema que aquí me ocupa, puede ser la siguiente: en el siglo XII, Aben Tofail, un musulmán de Guadix, filósofo, matemático y poeta, escribió un libro que en la versión latina se titula «El filósofo autodidacta». Es un relato de intención filosófica en el que se cuenta como un niño abandonado al nacer en una isla desierta y alimentado por una gacela, entra en contacto por medio de los sentidos con la realidad que le rodea y reflexionando sobre ella llega a descubrir las verdades que constituyen la física, llamando física a la ciencia de la naturaleza, y de aquí asciende a la metafísica y a la teología o sea al conocimiento de Dios. Y es solo cuando ha llegado hasta aquí y ha cumplido 49 años, cifra simbólica de la plenitud porque es el producto de multiplicar la cifra siete por si misma, cuando llega a la isla un sufí que le enseña a hablar y le puede comunicar así las enseñanzas del Corán.

Como a tantos pensadores, musulmanes judíos y cristianos, de su época lo que preocupa a Aben Tofail es distinguir y relacionar los conocimientos que el hombre puede alcanzar por su sola razón y los que son objeto de la revelación divina y se encuentran en los libros sagrados, el Corán o la Biblia según los casos. Pero dejando al margen esta cuestión, capital en el pensamiento de la Edad Media, el relato de Aben Tofail nos invita a plantear la pregunta ¿cómo podía el niño crecido en la soledad llegar a formular las verdades que constituyen la física, si no había aprendido a hablar?. Probablemente su autor nos habría contestado que lo había hecho gracias al lenguaje del entendimiento, afirmando así una estrecha relación entre el lenguaje y la estructura del conocimiento, estrecha relación que había recibido del pensamiento griego en el que se inspira.

Efectivamente en nuestra cultura occidental la reflexión sobre el lenguaje empieza en Grecia y más exactamente en la Atenas del siglo V. Gracias al régimen democrático que imperaba en la ciudad los ciudadanos de Atenas pasaban buena parte de su tiempo en el ágora disputando y votando sobre toda clase de asuntos públicos y privados. En una sociedad así los ciudadanos más hábiles en el uso del lenguaje inclinaban en favor suyo las votaciones de manera que pronto aparecieron expertos, conocidos como sofistas, dispuestos a enseñar estas habilidades a sus compatriotas menos dotados. A Sócrates sus conciudadanos le consideraban un sofista pero a él lo que le interesaba era poner en claro como por el lenguaje podemos alcanzar la verdad. En su estela Platón, el más conocido de sus discípulos, cree que las palabras significan ideas, la idea de lo que es un caballo, de lo que es la blancura las ideas forman un orden de realidad fuera del espacio y del tiempo -el caballo ideal, la blancura ideal- en agudo contraste con la existencia terrenal de los seres concretos. En contra de esta opinión su discípulo Aristóteles afirma que lo que significan las palabras no son ideas que existan en un lugar celeste sino conceptos que existen en el entendimiento, entendimiento que a su vez es un reflejo de la razón universal. La capacidad principal del entendimiento humano es la abstracción el proceso por el que se pasa de la imagen de los hombres concretos recibida por la percepción al concepto de lo que es un hombre. Por otra parte la verdad no está en las ideas o en los conceptos sino en las proposiciones. Y finalmente para demostrar la verdad de una proposición hace falta acudir a razonamientos o sea cadenas de proposiciones. Y el entendimiento humano que realiza estas operaciones no es sino un reflejo de la razón universal. Y no es por casualidad que la palabra griega «logos» signifique a la vez «palabra» y «razón». «En el principio era el logos» dice el comienzo del evangelio de San Juan, escrito originariamente en griego. Lo que los latinos tradujeron por «en el principio era el verbo»

Si el lenguaje constituye un camino para alcanzar la verdad es porque hay un claro paralelismo entre la estructura del lenguaje y la estructura de la razón que nos permite llegar al conocimiento. Y así lo que en el orden del lenguaje es la jerarquía: palabra, frase, discurso, en el orden del entendimiento, es la jerarquía de la lógica: concepto, juicio, razonamiento. Es cierto que el lenguaje real no es plenamente lógico o no es exclusivamente lógico pero los gramáticos estudian el lenguaje desde esta perspectiva, y de ellos existían ya en la escuela de Aristóteles, y procuran poner en claro sus leyes y sus regularidades internas.

Esta concepción intelectual del lenguaje y formalista de su estudio se mantiene a lo largo de los siglos, para los escolásticos medievales el concepto es el «verbum mentis», la palabra mental. Y el racionalismo europeo se identifica con esta concepción.

Aunque progresivamente a medida que avanza la edad moderna la naturaleza del concepto, y de la abstracción en la que éste se funda, se hace más problemática. Para Kant un concepto se resuelve en una colección de juicios, así el concepto de lo que sea un hombre consiste en una colección de afirmaciones sobre la naturaleza humana. Pero la corriente crítica más importante va en otra dirección. Para los empiristas ingleses no hay tal proceso de abstracción, un concepto es simplemente una colección de imágenes, el concepto de lo que sea un hombre

es simplemente el precipitado de muchas imágenes visuales y de otros modos de percibir a los hombres que hemos conocido. Un concepto es simplemente una imagen general y por tanto el significado de una palabra se reduce al conjunto de imágenes que evoca.

La psicología asociacionista

Como el conocimiento de nuestro pasado intelectual es cada vez mas reducido muchos psicólogos, incluso entre los que se interesan o se dedican a la historia de la psicología, creen sinceramente que la psicología moderna en el sentido de la psicología científica, surgió como la reacción frente a una psicología de orientación filosófica y basada en la introspección. Nada mas lejos de la realidad. La psicología clásica estaba íntimamente relacionada con la filosofía pero no era introspectiva. El recurso a la introspección fue justamente el primer intento de construir una psicología empírica y científica. Surgió en Inglaterra como una continuación lógica del empirismo inglés, que acabo de recordar, y pretendía ser una ciencia positiva, similar a la química por ejemplo. Si la química parte de unos elementos simples de las distintas sustancias para mostrar como combinados forman nuevas sustancias la psicología pretende hacer algo parecido con los hechos de consciencia que se descubren por la introspección. Los elementos que se combinan son las imágenes y la psicología tiene por tarea mostrar como estas se combinan hasta producir toda la extraordinaria variedad que constituye nuestra vida psíquica.

Mas allá de los límites estrictos de una escuela el asociacionismo se extiende por toda la psicología empírica del siglo XIX y comienzos del XX, a veces combinándose a veces oponiéndose, a los que pretendían reducir la psicología científica a un capítulo de la fisiología. Y sus logros, hoy en gran parte olvidados, no eran despreciables.

Confieso mi simpatía por Binet, hoy casi exclusivamente recordado por su participación en el test que lleva su nombre que tanta importancia tuvo en el nacimiento de la psicometría pero que en su vida desempeñó un papel secundario. Lo que a el fundamentalmente le interesaba era el estudio de la vida mental y en primer lugar de las imágenes. En uno de sus libros describe las modalidades de la imaginación de sus dos hijas, a las que durante años observaba e interrogaba para intentar aclarar como imaginaban los objetos y los acontecimientos pasados y futuros. Las dos niñas tenían estilos de imaginar muy distintos, imágenes muy concretas y realista la una, mas esquemáticas pero mas relacionadas entre si la otra. A parecida conclusión llego cuando se dedico a estudiar los jugadores de ajedrez capaces de jugar partidas a ciegas, o sea imaginando el tablero y los movimientos de las piezas. También aquí encontró que los sujetos diferían sensiblemente en sus maneras de imaginar. Peor mas claramente aún que el caso de las niñas Binet advirtió que las relaciones entre imágenes tienen un carácter complejo y puramente esquemático. Cuando el jugador a ciegas oye la nueva jugada del contrario no esta imaginando visualmente el tablero y sus piezas en al situación actual sino que lo que imagina es una haz de relaciones estructuradas en función de varias expectativas de futuro y es en este haz que se inserta la jugada del contrario desvalorizando algunas de las relaciones posibles y abriendo el paso a otras. Y para imaginar otras jugadas es a partir de este haz de relaciones que el jugador puede reconstruir la totalidad de posiciones en el tablero. De manera que Binet, que había comenzado como un asociacionista mas bien radical, acabó convencido de que las imágenes tienen una generalidad difícil de definir pero que en todo caso son algo muy distinto de la mera reproducción de percepciones.

Nótese que hasta aquí no se ha hablado de lenguaje. Para los asociacionistas las palabras son meras etiquetas, las palabras significan imágenes y el estudio de los procesos de pensamiento consiste en estudiar los procesos que experimentan las imágenes. Otros psicólogos, por la misma época, partiendo del hecho de que razonamos en términos verbales pretendieron aclarar, también por caminos introspectivos, el papel del lenguaje en la resolución de problemas.

Fue lo que caracterizó a la llamada «escuela de Wurzburg». Para ello pedían a los sujetos que al mismo tiempo que intentaban resolver el problema que se les proponía «pensasen en voz alta», verbalizando sus procesos de pensamiento. Los resultados fueron similares a los que obtenía Binet con las imágenes. El razonamiento se desarrollaba utilizando formulaciones verbales sin embargo el enlace entre proposiciones y el que resultase satisfactorio o no para el propio sujeto, quedaba mas allá de las propias palabras. No se podía demostrar que existiese pensamiento sin palabras y sin embargo el razonamiento parecía implicar algo mas que las sucesiones de palabras utilizadas.

Puede resumirse la experiencia diciendo que ni los contenidos del pensamiento abstracto, los conceptos, ni las estructuras del conocimiento verbal, son transparentes a la introspección. El intento de combinar la metodología experimental de las ciencias de la naturaleza con los datos introspectivos conducía a un callejón sin salida. Y este fracaso es lo que produjo lo que se llamó «la crisis de la psicología» una crisis que a su vez explica la facilidad y la rapidez con que se difundió el conductismo.

La asociación de palabras

El recelo ante la introspección tuvo otra consecuencia para el tema de estos comentarios, la tendencia a substituir el estudio de las asociaciones de imágenes por el de las asociaciones de palabras. En algún lugar, que lamento no recordar, Galton refiere como se acostumbró cada mañana a la vista del desayuno a dejar vagar la mente pasando de una imagen a otra. Y luego anotaba los resultados. Al cabo de un tiempo llegó a la conclusión de que practicando el mismo ejercicio diferentes sujetos se podría aprender mucho no solo sobre los mecanismos de la asociación y sus variedades individuales sino incluso sobre sus problemas personales, quizás mas allá de lo que ellos mismos estarían dispuestos a revelar. Alguno de sus colaboradores que pretendió seguir la recomendación pronto descubrió que el método resultaba incómoda y difícil y se le ocurrió que en vez de proponer a los sujetos objetos para que a partir de ellos asociasen libremente imágenes podía proponerles palabras para que asociasen espontáneamente otras palabras. Posteriormente la técnica fue estandarizada y con el nombre de test Kent Rosanov se utilizó para estudiar los mas distintos aspectos de los individuos y de las colectividades.

No es éste el lugar para reseñar la suerte de esta técnica, tan apreciada un día, pero si quiero hacer notar que puso de relieve un hecho. Las asociaciones de palabras pueden ser resultado de las asociaciones entre las imágenes que las palabras evocan y significan pero a veces las palabras se asocian simplemente por su fonética con independencia de su significado. Esto nos hace caer en la cuenta de que también tenemos imágenes mentales de las palabras como tales, como series de sonidos representados por imágenes auditivas, o mejor aun por imágenes motrices de los movimientos necesarios para emitirlos. O también imágenes visuales en el caso del lenguaje escrito. Lo cual permite distinguir entre dos tipos de actividad mental, uno apoyado en las imágenes y otro en las palabras que son en realidad imágenes de palabras. Así parece pensarlo Paivio que ha reintroducido el estudio de las imágenes mentales en la psicología contemporánea aunque la verdad es que ha encontrado escasos seguidores y así parecen pensarlo implícitamente muchos de los que han experimentado con las asociaciones de palabras. Pero con ello queda intacta la cuestión del significado ¿las palabras entendidas como imágenes de palabras refieren a su vez a otras imágenes o implican significados abstractos?. A menos, por supuesto, de que no se diga que los significados de las palabras son los objetos a los que se refieren, como pensaba Watson y otros han dicho después de él. Que la palabra «hombre» significa a todos los hombres que efectivamente existen o que han existido o pueden existir es una verdad de perogrullo pero lo que debemos intentar es aclarar como

la palabra «hombre», dicha o pensada, nos permite pensar en los hombres y razonar sobre ellos. Y es evidente que toda la experimentación con asociaciones de palabras poco nos puede ayudar a aclarar este tema, mas bien a confundirlo.

Un nuevo paradigma

He insistido en señalar las limitaciones del asociacionismo en el estudio del lenguaje porque durante buena parte de mi vida ésta ha sido la teoría dominante y yo he sido particularmente sensible a sus limitaciones. De manera que las primeras manifestaciones lo que hoy conocemos como el enfoque cognitivista me produjeron un sentimiento de alivio. Por fin los psicólogos volverían a ocuparse del lenguaje y de los procesos intelectuales que después de todo son lo que mas claramente caracteriza a los seres humanos.

Alivio mezclado con cierta preocupación pues detrás del cognitvismo flotaba, desde el principio, el fantasma de la «metáfora del ordenador». Y si las ratas con las que el conductismo gustaba de basar sus estudios experimentales tenían poco de humanas al menos mostraban un conducta dirigida a fines y triunfaban o fracasaban en sus aspiraciones nada de lo cual le ocurre a un ordenador. De manera que pronto albergué la sospecha de que quizás salíamos de Herodes para ir a parar a Pilatos.

Seria ingenuo que intentase aquí una exposición y una crítica a fondo del cognitvismo, tarea que está mas allá de mis fuerzas. Pero si que me siento obligado a exponer por donde creo que van sus limitaciones.

Dicho de una manera esquemática para la psicolinguística cognitiva el ser humano funciona como un sistema de procesamiento verbal de la información, tanto para recibirla como para emitirla, sistema compuesto esencialmente por una jerarquía de estructuras. Y lo primero que se me ocurre preguntar es si este sistema se confunde con la estructura cognitiva del hombre, si toda la información se codifica en forma verbal. Se que hay opiniones distintas sobre este punto, que hay quien cree que hay un sistema de procesamiento matemático e incluso he leído que hay quien defiende un sistema musical. Renunciando a entrar en la discusión, lo importante es aclarar, en la medida en que el lenguaje no sea el único órgano de conocimiento, cuales son sus relaciones con los otros canales. Y lo que todavía es mas importante, canal único o canal entre otros, por importantes que sean las estructuras lingüísticas que permiten el procesamiento de la información, por importante que sea la estructura de la palabra, de la frase o del discurso, el hecho básico es que a través del lenguaje alcanzamos una interpretación de la realidad, una visión del mundo. ¿Como se conjugan en el lenguaje forma y contenido, estructura formal y significado?. Supongo que es por aquí por donde debe progresar la teoría.

Ya he recordado que yo me interesaba por la adquisición del lenguaje de modo que mi recelo ante el nuevo paradigma procedía en primer lugar de que su insistencia en los aspectos congénitos de las estructuras lingüísticas produjese un desinterés por los procesos de adquisición y, mas en general, por el estudio del lenguaje infantil. Pero pronto advertí que ocurría justamente lo contrario y en pocos años, y como consecuencia del impacto de las ideas de Chomsky, el estudio del los orígenes del lenguaje en el niño se popularizó y alcanzó una profundidad que nunca había tenido. Aunque es cierto que no en la dirección que yo habría preferido.

Mi simpatía por las ideas de Piaget provenía de que proponía una teoría original para explicar el desarrollo de la inteligencia en el niño, una teoría que arrancaba de su preocupación con la teoría de la evolución y con la idea de Balwin de que existe una correspondencia entre el desarrollo de las especies y el desarrollo de los individuos. El desarrollo infantil, tal como lo describe Piaget, es una evolución emergente o, si se quiere, creadora en la que en cada etapa las situación alcanzada en la relación entre el sujeto y el mundo permite nuevos intercambios

y con ello la posibilidad de una nueva síntesis a un nivel superior. Mi desacuerdo venía de que para Piaget el desarrollo del lenguaje era solo un subproducto del desarrollo de la inteligencia cuando a mi parecía que lo que había que intentar era una explicación similar pero centrada en el lenguaje. Por el contrario los psicolingüistas en la línea chomskiana que con tanto empeño se lanzaron a estudiar el lenguaje infantil pretendían solo poner de relieve el papel que unas estructuras congénitas jugaban en la aparición del lenguaje y en sus primeros desarrollos. Y efectivamente pusieron de relieve que desde el comienzo el lenguaje infantil posee ya un sistema gramatical que no es simplemente un conjunto de retazos del sistema adulto sino que constituye un sistema coherente y suficiente. Pero por mucho que se insista en los aspectos más formales del lenguaje infantil el hecho es que el niño adquiere un lenguaje significativo y que es la voluntad de significar juega un papel capital en el desarrollo. Y no creo equivocarme creyendo que progresivamente los estudios del lenguaje infantil avanzan en esta dirección.

Unidad del lenguaje y pluralidad de lenguas

Comenzaba estos comentarios haciendo notar que si consideramos el lenguaje en relación con el conocimiento se nos hacen patentes sus características comunes a todos los seres humanos y en cambio cuando lo consideramos como medio de comunicación el lenguaje se nos aparece en una pluralidad de lenguas. Solo pueden comunicar entre sí los que hablan la misma lengua. ¿que habrían dicho los pensadores griegos, que con tanta claridad afirmaban la correspondencia entre lengua y conocimiento racional, si les hubiésemos preguntado si esta correspondencia se daba solo en la lengua griega o valía para todas las lenguas? Ignoramos por supuesto lo que habrían contestado pero el hecho es que nunca se lo preguntaron. Y podemos sospechar que aunque sabían que los otros pueblos, los que ellos llamaban los bárbaros, tenían lenguas con las que se comunicaban entre sí solo la lengua griega se prestaba a un uso culto. Tampoco los romanos sentían mayor interés por las lenguas de otros pueblos pero en su caso con una excepción, no podían desconocer que la ciencia y la literatura griega eran superiores a las suyas y todos los romanos cultos procuraban conocer el griego. Y su respuesta a la pregunta que antes he formulado su respuesta habría sido muy simple: latín y griego son lenguas distintas pero significan lo mismo porque la cultura que se expresa a través de ellas es la misma. Los dioses griegos y los dioses latinos aunque tienen nombres distintos son en realidad los mismos y Júpiter es el primero de los dioses tanto si en Roma le llamamos así como si los griegos lo conocen por Zeus.

Esta convicción en la unidad de la cultura por debajo de las diferencias lingüísticas se mantiene en la Edad Media cuando en toda Europa la lengua de la cultura es el latín y se sigue manteniendo en el humanismo renacentista que incorpora las lenguas vulgares a la tradición greco latina y se sigue manteniendo con el racionalismo y con la ilustración aunque con el francés en primer lugar como lengua de la cultura.

El romanticismo rompió esta creencia. Cada lengua es expresión de una cultura y cada cultura constituye un universo cerrado con características singulares. En la medida en que las culturas son a su vez producidas por sociedades humanas cada cultura y cada lengua definen una sociedad nacional. Una afirmación que tendrá abundantes consecuencias políticas que determinarán buena parte de la historia europea a lo largo de dos siglos. Pero aunque los aspectos sociales y políticos de las lenguas me hayan ocupado muy a menudo aquí los dejo de lado. Desde una perspectiva más estrictamente lingüística me limitaré a señalar que así se pone en duda la posibilidad de la traducción que solo podrá ser aproximada pero que en el límite es imposible. Pues cada lengua, igual como la cultura que a través de ella se expresa, constituye un sistema autosuficiente en el que el significado de cada palabra se define por referencia al

significado de otras palabras de la misma lengua. Como el diccionario cada cultura constituye un sistema autosuficiente.

Lo que he llamado la concepción romántica del lenguaje ha tenido otras consecuencias. Durante siglos el conocimiento de otras lenguas se había considerado como un enriquecimiento de las propias posibilidades. Ahora el bilingüismo podía adquirir matices negativos. Si admitimos que la personalidad se constituye por la integración del sujeto en una cultura y que es aprendiendo a hablar en una lengua determinada como el niño empieza su integración personal y cultural, el familiarizarse pronto con otra lengua puede perjudicar a esta integración y en el límite la persona bilingüe nos aparecerá como una persona culturalmente escindida y sujeta por ello a conflictos internos. Y la educación bilingüe como un error. Un conjunto de afirmaciones a las que siempre me he opuesto sosteniendo, por el contrario, que tanto el bilingüismo precoz como la educación bilingüe y pluricultural, en condiciones adecuadas, constituyen un auténtico enriquecimiento de la personalidad. Condiciones adecuadas que es cierto que no siempre se cumplen.

El bilingüismo como objeto de estudio

El hecho de que un individuo pueda utilizar dos sistemas lingüísticos distintos para expresar un mismo mensaje es algo tan sorprendente que parece que debería haber movido la curiosidad de los psicólogos en todos los tiempos. Pero no ha ocurrido así y todavía cuando, hace cerca de 40 años, empecé a interesarme por el lenguaje el bilingüismo era un tema prácticamente inédito para los psicólogos. Desde entonces la situación ha cambiado completamente sin que pueda decirse que los resultados hayan sido muy satisfactorios.

Fue Osgood, el psicólogo que intentó establecer una psicolingüística de base conductista, quien introdujo el tema, y fue él quien propuso la distinción entre bilingüismo coordinado y bilingüismo compuesto. El bilingüe «coordinado» posee un solo sistema lingüístico, el de su lengua principal, de tal modo que a los estímulos que recibe en su lengua principal responde con respuestas en esta misma lengua mientras los estímulos que recibe en su segunda lengua primero los traduce a su lengua principal y lo mismo hace con las respuestas, las produce en su lengua principal y luego las traduce a su segunda lengua. En cambio el bilingüe «compuesto» posee dos sistemas separados de tal modo que a los estímulos verbales que recibe en la lengua A contesta con respuestas en la lengua A y a los que recibe en la lengua B contesta con respuestas en la lengua B. Con gran asombro mío esta distinción se mantuvo durante muchos años y fue la base de muchos estudios experimentales y hoy hay todavía quien la repite. Y digo con asombro porque no entendía como se podía llamar bilingüe a quien trabajosamente ha de traducir los estímulos que recibe en una segunda lengua a la primera para poder entenderlos. Los auténticos bilingües son los «compuestos» pero si sus dos sistemas lingüísticos son absolutamente independientes no se entiende como es capaz de traducir. No hace falta añadir que todos los estudios experimentales para aclarar que circunstancias condicionaban uno u otro tipo no llegaron a aclarar nada.

La difusión del cognitivismo introdujo un nuevo enfoque, si el lenguaje significa la capacidad de procesar información la pregunta que se intentará contestar es si el bilingüe posee uno o dos sistemas de almacenamiento léxico, un planteamiento ingenuo que reproducía con otra terminología la discusión entre bilingüismo coordinado y bilingüismo compuesto. Y tuvieron que pasar años hasta que se distinguieron niveles de almacenamientos, unos niveles en los que el almacenamiento es separado y otros en los que es único. Pero resulta muy difícil definir a partir de experimentos que palabras o que aspectos de las palabras se almacenan en almacenes separados y cuales en almacenes comunes. En el fondo de la ambigüedad está la incapacidad o la renuncia, heredada del asociacionismo, a definir el significado de las palabras,

dejando en el aire el aclarar si se trata de imágenes o de conceptos abstractos. Si a esto se añade la extremada variedad de las técnicas experimentales usadas, el que los estímulos pueden ser palabras concretas o abstractas, pueden presentarse en forma oral o escrita y los sujetos corresponder a modalidades muy diversas de bilingüismo, no nos puede sorprender que los resultados sean extremadamente variados y difíciles de integrar en una teoría de conjunto. Y todavía quiero recordar que, por comodidad de la experimentación, la mayoría de los investigadores operan con palabras aisladas cuando en una perspectiva cognitivista parecería más lógico hacerlos con estructuras más complejas. De manera que no creo exagerado decir que un volumen muy grande de investigaciones sostenidas a lo largo de muchos años han producido resultados mínimos y que los modelos teóricos que pretenden dar cuenta del sistema de procesamiento lingüístico en los bilingües siguen siendo extremadamente rudimentarios.

Casi me atrevo a afirmar que el reflexionar sobre como han evolucionado los programas de traducción automática intentando superar sus fracasos y sus limitaciones nos ayudaría más a entender los procesos de traducción de los bilingües que todos estos estudios experimentales tan rigurosos y tan cortos de perspectivas. Pero no querría pecar de escéptico. Espero que las cosas mejorarán. Y estoy firmemente convencido de que para una interpretación cognitivista de los comportamientos lingüísticos el meditar sobre el bilingüismo debería ser una fuente principal de inspiración.

Hacer cosas con palabras

Aunque Sócrates desvió la enseñanza de los sofistas hacia la investigación de la verdad lo que pretendían los atenienses era aprender a hablar mejor para poder derrotar a sus adversarios en el agora. En el Liceo aristotélico, auténtica universidad de su tiempo, la retórica era un complemento de la enseñanza gramatical. Para los romanos, grandes juristas y grandes oradores, la retórica aumentó todavía su prestigio. Un prestigio que mantuvo hasta bien entrada la edad moderna pero ya considerada como un arte, e incluso como una parte de la literatura. «La retórica es el arte de iluminar las inteligencias y de mover las voluntades» decía el manual de Preceptiva literaria que estude en mi bachillerato. Pero ya tenía un regusto de cosa pasada, hacia tiempo que los poetas modernistas habían proclamado «guerra a la retórica y paz a la sintaxis». De manera que fue una auténtica sorpresa ver reaparecer en plena modernidad la retórica de la mano de la pragmática

La pragmática había surgido en los medios de la filosofía analítica y del positivismo lógico como consecuencia de la constatación de que el significado de muchas proposiciones, así una promesa, una orden o una amenaza, no pueden juzgarse desde el punto de vista de su verdad o falsedad sino que implican una acción. Con ello la distinción con que iniciaba estos comentarios, la doble función del lenguaje, adquiere una nueva perspectiva, el lenguaje en relación con el conocimiento y el lenguaje en relación con la acción. Y dado que ambas perspectivas son reales parece que ello debería llevar a una concepción más compleja de los comportamientos lingüísticos que integrase las dos. E incluso se puede suponer que la palabra al servicio de la acción es previa y más general que la palabra al servicio del conocimiento. Pero desgraciadamente lo que ha ocurrido es que los estudiosos del lenguaje, lingüistas y psicolingüistas más bien se han dividido y los que se interesan por uno de los dos aspectos parecen ignorar el otro.

Por lo que a mi respecta, de la pragmática me han interesado sobre todo dos puntos. El poder considerar que la comunicación en el niño empieza por ser pragmática antes que llegar a ser un intercambio de informaciones. Y más profundamente todavía, que el origen pragmático del lenguaje pone de relieve que el lenguaje es, originaria y fundamentalmente, un diálogo. Pero antes de referirme a mis propias ideas sobre el lenguaje y sobre su desarrollo en la infancia he de recordar todavía el papel de Vigotsky.

Lenguaje y socialización

Si a la hora de explicar el origen del lenguaje Chomsky y Piaget ofrecían explicaciones diversas y aun opuestas en otros aspectos en cambio coincidían, uno y otro eran descaradamente intelectualistas, solo se interesaban por el lenguaje en relación con la inteligencia el uno, con el conocimiento el otro, Y ambos eran indiferentes a sus dimensiones sociales lo que para mi resultaba incomprensible. Y como a mi me ocurría lo contrario se comprende que saludase con entusiasmo la aparición de la obra de Vigotsky y que contribuyese en la medida de mis fuerzas a su difusión.

Para entender a Vigotsky hay que tener en cuenta que su obra se difundió mucho más tarde de ser escrita. La psicología europea con la que él se familiarizó era la psicología de los años treinta y precisamente la de la crisis de la psicología a la que antes he hecho referencia. De manera que para Vigotsky constituía un problema central el papel del lenguaje en los procesos mentales y con ello el de la formación de los conceptos que para él no se reducían a imágenes. Un problema que he dicho ya que había conducido a un callejón sin salida. Pero Vigotsky tenía una salida, simpatizante con las ideas revolucionarias había abrazado el marxismo y el marxismo le obligaba a entender el comportamiento humano simultáneamente desde dos polos, la materia, o si se quiere la fisiología, y la sociedad. El enlace entre el hombre como ser biológico y el hombre como ser social debía ser el problema central para un psicólogo marxista. Y aun, añadiría yo, para cualquier psicólogo. Vigotsky propuso una solución original, con el lenguaje el niño recibe los conceptos de la sociedad.

No es este el lugar para exponer y discutir sus argumentos que en buena parte comparto. Pero por importante que sea el papel de los demás en las formaciones de nuestros conceptos creo que el proceso de socialización empieza mucho antes. Mas todavía, que el proceso de socialización es inseparable del proceso de individuación, nos descubrimos como personas en relación, y a menudo en oposición, con los demás. Y en esta relación que surge la comunicación sobre la que posteriormente se instala el lenguaje verbal.

Del gesto al lenguaje

Cuando la presencia de la Psicología en la Universidad empezaba a hacerse notar y yo intentaba abrirle caminos hacia el exterior, en una reunión de la Sociedad de Psicología de Lengua Francesa en París, propuse que la siguiente reunión se celebrase en Barcelona y que el tema fuese «los orígenes del lenguaje en la infancia». La propuesta fue aceptada y así me encontré no solo con el compromiso no solo de preparar una reunión internacional con escasos medios y ninguna experiencia sino de redactar una ponencia. Yo no había leído nada sobre el tema, tampoco existía mucho, de manera que en unos días de verano en mi refugio de Ibiza le di vueltas hasta que llegué a una conclusión que me pareció satisfactoria y que en rápido resumen puede formularse así.

El niño empieza a comunicarse con los que le rodean, su madre en primer lugar, muy pronto desde el comienzo de su vida independiente. La comunicación durante un tiempo es exclusivamente gestual, primero afectiva y pronto se convierte en pragmática, para conseguir lo que desea o para oponerse a las intenciones de los demás. Mas adelante la comunicación gestual adquiere un contenido significativo al mismo tiempo que empiezan a aparecer las primeras palabras. La presencia del lenguaje verbal un salto cualitativo en la capacidad comunicativa, especialmente en el orden significativo, pero durante un tiempo la gesticulación continua ocupando el primer plano y es solo paulatinamente que el lenguaje se convierte en el centro de la actividad comunicativa. Sin embargo no solo la comunicación verbal empieza por cumplir las mismas funciones que cumplía la gestual sino que a lo largo de toda nuestra vida los gestos

acompañan a las palabras, e incluso las palabras tienen un aspecto gestual, la entonación por ejemplo, de manera que habría que hablar de una comunicación global en la que intervienen a la vez gestos y palabras.

Cuando llegué a estas conclusiones, que de ninguna olvidan manera la singularidad del lenguaje verbal pero insisten en la continuidad de la comunicación, creía sinceramente que eran casi de sentido común y que cualquiera que abordase el tema llegaría a conclusiones semejantes. Y no me extrañó enterarme de que aquel mismo año Brunner publicó un artículo que podía considerarse en la misma línea. Sin embargo y como ya he señalado, la investigación posterior sobre el origen del lenguaje, ciertamente brillante, ha seguido por otros caminos centrada en primer lugar en la adquisición de las estructuras formales del lenguaje y escasamente interesada por sus aspectos comunicativos y pragmáticos.

Creo que ya he dejado claro mi rechazo a que para estudiar el desarrollo del lenguaje infantil, como para otros aspectos de los comportamientos lingüísticos haya que elegir entre uno de los dos caminos posibles, creo por el contrario que habría que hacer un esfuerzo por estar atento a los dos. Y no renuncio a esperar que esto ocurra en el futuro. En todo caso y en esta dcha y a la inversa. Y no solo hay que aprender a escuchar hay que aprender a deducir de lo que dice el interlocutor la información que posee y sus intenciones. Y a la inversa para hablar a otro no solo hay que atender a la propia intencionalidad sino suponer las intenciones del oyente y la información que posee. Y a medida que avanza el diálogo ajustar las propias posiciones en función de las respuestas del interlocutor. Lo que ocurría a los niños de cinco años en el patio de la «maison des petits» a los que Piaget después de escuchar sus diálogos de sordos calificaba de «egocéntricos» es que estaban acostumbrados, como todos los niños de esta edad, a que en su casa sus interlocutores anticipasen sus intenciones y conociesen su información previa y les facilitasen así la comunicación lo que no les ocurría con sus nuevos interlocutores, tan novicios como ellos en el arte de dialogar. El advertir que el lenguaje verbal está primordialmente al servicio del diálogo nos permite advertir otro hecho. El lenguaje verbal multiplica las posibilidades de la comunicación y por tanto del entendimiento mutuo pero al mismo tiempo limita estas mismas posibilidades, aumenta los malentendidos y la posibilidad de engañar y la sospecha de poder ser engañado. Hablar para disimular los propios pensamientos es una vieja táctica. Así se pone al descubierto la naturaleza ambivalente del lenguaje como medio de comunicación. Una ambivalencia que llega al límite al considerar el papel del silencio en las relaciones humanas. Un tema que por principio queda al margen de la lingüística y que sin embargo es tremendamente significativo. El silencio constituye el límite de la comunicación verbal en dos direcciones opuestas. Se calla cuando ya es inútil hablar porque cualquier palabra será mal interpretada pero también se calla cuando la comprensión entre los interlocutores es tan completa que ya son inútiles las palabras.

Hablando consigo mismo

El llorado José María Valverde acostumbraba a decir, e incluso era una de sus ideas principales, que no hay pensamiento fuera del lenguaje. Como ocurre con toda idea expresada en forma radical su formulación se prestaba a malentendidos que el mismo provocaba así al aducir en su favor la opinión de lingüista para quienes, siguiendo a Watson, las palabras se reducían a unas imágenes motrices, algo muy lejos del pensamiento de Valverde que en la naturaleza del lenguaje estaba muy cerca de Humboldt. Pero cuando alguien le planteaba la posibilidad de un pensamiento sin palabras él le contestaba sonriendo, «a ver, pues explíqueme Ud lo que piensa sin palabras». Y si el interlocutor insistía en que es evidente que el pensamiento solo se puede comunicar a otros en forma verbal pero que esto no impide que exista un pensar

sin palabras, al margen de la comunicación, él replicaba triunfante: «pero es que cuando pensamos nos explicamos nuestro pensamiento a nosotros mismos».

En un psicología reacia, cuando no hostil, a la introspección el tema del lenguaje interior, iniciado a finales del siglo XIX en Francia, pronto desapareció del mapa. Y si todavía aparece en algunos libros de psicología es por la huella dejada por Vigotsky. Como es sabido el psicología soviético advirtió que los niños cuando juegan, con un juego de construcciones por ejemplo, acostumbran a acompañar su actividad con comentarios verbales que, de alguna manera, facilitan sus acciones al servicio de un objetivo. Una verbalizaciones que a medida que el niño se hace mayor dejan de exteriorizarse en voz alta y se interiorizan.

Pero en la obra de Vigotsky el lenguaje interiorizado aparece también en otro contexto. Ya he recordado su relación con la psicología europea de los años treinta, preocupada por aclarar los vínculos entre lenguaje y pensamiento. Vigotsky, entre otras cosas, advierte que el lenguaje interiorizado que descubrimos en la introspección es un lenguaje simplificado y fragmentario porque en él abundan las omisiones y los sobrentendidos lo que puede explicarse teniendo en cuenta que en el lenguaje interiorizado el emisor y el receptor son la misma persona.

Vigotsky murió en plena juventud y su obra quedó incompleta y no sabemos por tanto como habría relacionado estos dos aspectos del lenguaje interiorizado, el ser un estimulante y un facilitador de la acción y su carácter de dialogo interiorizado. Por mi parte me gustaría avanzar en la dirección de una teoría del lenguaje interiorizado.

Y mi punto de partida sería pensar que en el momento en que el niño empieza a dialogar empieza a interiorizar el lenguaje, desde el comienzo recuerda las intervenciones ajenas y anticipa respuestas propias. Y no solo es capaz de imaginar diálogos. Cuando juega con mucha frecuencia personifica los juguetes y les hace pronunciar largos diálogos. A veces en las frases que pone en boca de sus personajes transparenta recuerdos y emociones propias. Y hay tests proyectivos que aprovechan este hecho. En conjunto yo diría que el lenguaje interiorizado tiene una triple función. En primer lugar, en la medida en que nuestra vida esta hecha de relaciones con otras personas recordamos conversaciones pasadas y anticipamos conversaciones futuras en un continuo hacer y rehacer verbal. En segundo lugar, en la medida en que necesitamos entender situaciones y resolver problemas a menudo los planteamos y los discutimos en forma verbal. Incluso se puede creer que todo razonamiento interno implica un contradictor implícito al que hay que convencer. Finalmente es nuestra propia biografía la que, al menos en parte, verbalizamos, nos la explicamos a nosotros mismos como quería Valverde. Este papel de la palabra en la aclaración de la propia identidad se hace especialmente evidente en el momento de la decisión, el acto de decidir normalmente se expresa verbalmente como si el hecho de formularla con palabras diese un carácter definitivo a nuestra decisión.

Así el lenguaje verbal no solo condiciona nuestra manera de conocer sino nuestra propia constitución como persona. Existo en la medida en que soy capaz de decir «yo» y en la palabra «yo» se confunden el sujeto gramatical y el sujeto personal.

Pero a ello hay que añadir que el bilingüe es capaz de decir «yo» de dos maneras distintas y de explicarse a si mismo en dos lenguas distintas. Y no parece que los bilingües se conviertan por ello en esquizofrénicos o que los sean en mayor frecuencia que los monolingües. De manera que habrá que admitir que la unidad última del sujeto está mas allá de sus manifestaciones verbales. Aunque también es posible creer que la unidad del sujeto se apoya en el «lenguaje de la mente» anterior y distinto de las lenguas concretas que conoce y usa el sujeto. Con lo que, como en el juego de la oca, volvemos a la casilla inicial, que relación hay entre el lenguaje de la mente y las lenguas concretas con las que nos comunicamos? Y toda la argumentación puede volver a empezar. Pues ésta parece ser la suerte de toda reflexión sobre el lenguaje, que perpetuamente se muerde la cola. Y para terminar. Todos mis comentarios han girado en torno al lenguaje como instrumento de conocimiento y como medio de comunicación, pero el

hombre, y por antonomasia el poeta, hace algo más que utilizar el lenguaje, introduce nuevas maneras de nombrar y al hacerlo no solo inventa lenguaje sino que recrea la realidad. Y con ello no hace sino imitar el proceder del creador. El relato bíblico empieza afirmando: «Y dijo Dios: haya luz». Si Dios, arquetipo de todos los poetas, creó todo lo que existe con su palabra, no debería extrañarnos que la realidad última del universo y de sus criaturas sea verbal.